



El Arte



EL Arte no tiene por objeto la verdad. La verdad hay que demandarla a las ciencias, porque tal es su objeto; no hay que demandarla a la literatura, porque no puede tener otro objeto que lo bello.

La Cloe, de la novela griega, jamás fué una verdadera pastora y su Dafnis no fué jamás un pastor verdadero; sin embargo, nos encanta todavía. El griego sutil que nos narró su historia, no se curó de establos ni de machos cabríos. Sólo se preocupó de poesía y de amor. Y como quería mostrar un amor sensual y gracioso para regalo y solaz de los que moraban en las ciudades, puso ese amor en los campos no visitados por sus lectores, que eran viejos bizantinos encanecidos en el fondo de los palacios, rodeados de mosaicos, ó sentados ante los despachos comerciales, donde tantas riquezas habían acumulado.

Para deleitar a esos hoscos ancianos, el narrador les presentó dos hermosos muchachos. Y para que no se confundieran su Dafnis y su Cloe con los pícaros y las mozuelas de partido que pasean por las graudes ciudades, tuvo buen cuidado de advertir: *Mis personajes vivieron en Lesbos y su historia la encontré pintada en un árbol consagrado a las ninfas.* El autor adoptó la útil precaución observada por las buenas mujeres que antes de narrar un cuento dicen: *En tiempos del rey que rabió o Cuando los animales hablaban.*

Si se nos quiere referir una bella historia, es preciso separarse un poco de lo corriente y trivial.

ANATOLE FRANCE,

La piedra

(Traducción de Blanca Delmonte)

I

IMPLORANDO limosna llega un mendigo
al palacio de un noble grande y soberbio:
el magnate no quiso darle socorro
y le dijo al humilde: —¡Márchate presto!

Mas el pobre, obstinado, no se marchaba,
y entonces el magnate de orgullo ciego,
agarrando una piedra pesada y dura
la lanzó a la cabeza del pediguño.

El astroso mendigo cogió la piedra,
la estrechó rencoroso contra su pecho
y murmuró: —La guardo, pero no dudes
de que al correr los años te la devuelvo.

II

I pasaron los años, como las nubes
pasan por los caminos del ancho cielo;
y pasaron los años, y el poderoso
acusado de un crimen se miró preso.

El magnate arruinado yendo a la cárcel
hallóse frente a frente del pordiosero
y éste sacó la piedra, mas al lanzarla,
reflexionando un poco la arrojó al suelo.

Y dijo:—Rencoroso guardé esta piedra;
mas fué inútil guardarla por tanto tiempo:
siendo feliz y rico, mucho te oía,
hoy, pobre y perseguido..... ¡te compadezco!

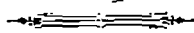
MIGUEL YURIEVITCH LERMONTOFF.



O corps humain

OH cuerpo humano,
bendito seas, ¡oh cuerpo humano maravilloso!
Dame que bese todos tus poros,
dame que bese tus líneas rectas,
tus superficies, ángulos, curvas y coyunturas.
Cuerpo sagrado, dame que bese tu movimiento,
¡oh cuerpo, que mañana yacerás
eternamente inmóvil!

ANDRÉ SPIRE



Decir las cosas bien. . . .



DECIR las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno? La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el beso en la frente de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlo oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros, — que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños — suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios, enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la Verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar ab

solutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que la hayáis comunicado, estad seguros de que siempre vivirán.

Hablad con ritmo, cuidado de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



Dime la palabra. . .

A Beatrice Honoré Clevenger.

QUIÉN sabe por qué causas ignoradas
cuando me miras a los ojos, siento
la luz hecha tangible en tus miradas
y tangible también el pensamiento.

Tu voz es la expresión de los aromas,
voz de silencio que mi vida advierte:
¡si parece, al oír, que la tomas
más allá de los sueños y la muerte!

Hay tal dócil y aérea consistencia
integrando tu sér, que si me acerco
se enmarca en tu existencia mi existencia
como en un albo y luminoso cerco.

Y yo he sentido entonces recogerte
toda dentro de mí cuando respiro;
y más tarde, otra vez, desvanecerte:
¡se va tanto de tí en cada suspiro!

Yo no sé si he podido ser tu dueño
ni mi labio ha sabido si te nombra:
¡si serás en mi vida sólo un sueño
o eres la sombra de mi propia sombra!

Tú, que tienes la ciencia; Tú, mi amada,
que hablas al agua, al árbol y las rosas,
despierta en mí la voz iluminada
y dime la palabra de las cosas.

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.

Nueva York, agosto, 1916.

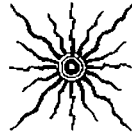
Les morts m'écoutent seuls . . .

(Traducción de Juan H. Jiménez)

SÓLO los muertos me oyen; habito los sepulcros;
de mí mismo he de ser el enemigo eterno. ☽
Para el cuervo es mi grano, del ingrato mi gloria;
sin llegar nunca a las cosechas, labro y siembro.

No me he de lamentar: ¿qué importa al aquilón
el oprobio, el desprecio, el rostro de la injuria,
pues que cuando te pulso, lira de Apolo, tú
me respondes más sabia cada vez y más pura?

JEAN MORÉAS.



El rapto de Andrómeda

(Versión de Antonio de Zayas)

CON vuelo silencioso el grau corcel alado
lanzando turbios hálitos al peso que le abruma,
alivia y los conduce, con un temblor de pluma,
por la azulada noche y el éter e-trellado.

Van. Africa se esconde so abismo flagelado;
después Asia . . . un desierto . . . el Líbano de bruma
ceñido . . . y de repente, todo blanco de espuma,
surge el mar misterioso do Helea ha naufragado.

El viento infla cual lonas enormes las dos bellas
alas que, caminando de estrellas en estrellas,
a ambos amantes mecen en nido solitario;

mientras que ellos sus sombras, en el celeste tul,
ven ya apuntar radiosas desde Aries hasta Acuario
sus dos constelaciones en el radiante azul.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Antiguo

(Traducción de E. Díaz Canejo)



HIJO gracioso de Pan! En derredor de tu frente coronada de florecillas y bayas, tus ojos, como bolas precia-
das, se agitan. Manchadas de obscuras heces, tus mejillas se ahondan. Relucen tus mandíbulas. Semejante a una cítara es tu pecho, tintineos circulan por tus brazos rubios. Paséate de noche, moviendo con suavidad el muslo, el otro muslo y la pierna izquierda.

J. ARTHUR RIMBAUD.



Romanza

(Traducción de Cayetano de Alcar)

SI me mostráis una rosa
que bajo el azul fulgura,
¿por qué mi alma no reposa?
Si me mostráis una rosa
yo pienso en su frente pura.

Si me mostráis una estrella
¿por qué en lágrimas bañada
mi pupila no destella?
Si me mostráis una estrella
pienso al punto en su mirada.

Si una libre golondrina
me mostráis, ¿por qué me aferro
al dolor que me domina?
Al mirar la golondrina
sólo pienso en mi destierro.

FRANÇOIS COPPÉE.

El valor

EL valor consiste en el poder que tiene el hombre de levantarse, de no dejarse abatir, de no dejarse dominar por la nueva generalización, de aguantarse firme, cualesquiera que sean el lugar y las circunstancias en medio de las cuales se vea colocado. El hombre sólo puede alcanzar este valor prefiriendo la verdad a sus opiniones antiguas sobre la verdad, aceptando prontamente la verdad, venga de donde venga, convenciéndose intrépidamente de que sus leyes, sus relaciones con la sociedad, la cristiandad y el mundo a que pertenece, han de ser un día sobrepujados y morir.

R. W. EMERSON.



Ofrenda oscura

(Traducción de Eduardo Marquina)

Yos traigo mi mala labor
análoga a sueños de muertos;
la luna ilumina, Señor,
mis espirituales desiertos.

Del sueño las sierpes violadas
habitan en mi corazón:
deseos ceñidos de espadas,
leones ahogados al sol

I no hay lirios de muerte custodios
y hay manos que dicen adiós;
la flor purpural de los odios,
las flores sin savia de amor. . . .

¡Señor, ten piedad de mi ofrenda,
piedad de mi noche feroz!
Que pase tu luna tremenda
segándola como una hoz.

MAURICE MAETERLINCK.

El aviso

(Traducción de Eduardo Marquina)

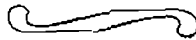
TODO hombre desde que nació
lleva en su pecho una serpiente
que soberana displicente
si él dice sí responde nó.

Hunde tus ojos en las aviesas
pupilas de las satiresas.
Dice ella: *¡piénsa en tu deber!*

Haz hijos, labra ocultas simas,
esculpe estatuas, pule rimas.
Dice ella: *¡debes perecer!*

Inquiera, espere, calle o hable,
no está un momento el corazón
sin escuchar la admonición
de la serpiente insoportable

CARLOS BAUDELAIRE.



Amor

TÚ reías, te tumbabas en mis brazos y el alba
amorosa iluminaba mi cabeza vacía y pesada: pero
te arrullaba cantando.

Salía el día entre la lluvia, sin aliento. Contra
tu cadera estrecha y desnuda, yo caí, al fin, inson-
ne.

Mañanas amargas, encantador amor, agotadora
y turbia locura.

.....Al despertar, la melancolía separó más tar-
de a estos amantes.....

¿Por qué? Nadie lo supo. El mismo lloraba al
alejarse de ti....

...Y desde ese tiempo ¡cuántas veces ha ajado el
alba sus rosas pálidas!

FRANCIS CARCO. (*)

(*) Nació en 1885 en Nottmou. Nueva Inglaterra.-Es el mejor represen-
tante de toda una escuela de FANTASISTAS que tienen por modelos a Pí-
llón y Verlaine.

Perfume imperecedero

CUANDO la rosa de Lahor su aroma
destila de los cálices y llena
de sagrada ambrosía la redoma,
se le puede verter sobre la arena.

Y en vano el mar con su salobre espuma
la playa inundará, grande y solemne,
siempre el licor que se vertió, perfuma,
siempre la aroma vivirá perenne.

¡Oh amor! Así tu celestial perfume
penetró de mi pecho por la herida
y no se desvanece ni consume.

Este bendito mal yo he perdonado,
pues más allá del tiempo y de la vida
llevaré el corazón embalsamado.

DELIO SERAVILE



El Tiempo

(Versión de Enrique Díez Canedo)

MAR insondable ¿que los años tienes
por olas! Mar del tiempo, cuyas aguas
de profundo sufrir llevan lo amargo
de la sal de las lágrimas del hombre!
¡Mar sin riberas que marcar consigues
en tu flujo y reflujo los linderos
de lo mortal, y aullando, con hastío
de tus presas, los restos del naufragio
sobre la playa inhóspita vomitas!
Traidor en calma y en tormenta horrible
¿quién por tus aguas puede navegar,
mar, insondable mar?

PERCY BISHEP SHELLEY.

Mandolina

(Traducción de Juan R. Jiménez)

LOS que dan las serenatas
y las bellas oidoras
cambian frívolos decires
bajo las cantantes frondas.

Son Clitandro, Aminta y Tirsis,
y es Damis, que para todas
las crueles hace rimas,
tiernas rimas amorosas.

Sus trajes cortos de seda,
sus largas faldas de cola,
su elegancia, su alegría,
sus blandas y azules sombras,

giran, giran en el éxtasis
de una luna gris y rosa,
y la mandolina charla
en la brisa tembladora.

.PAUL VERLAINE.



Los días que pasan

(Traducción de Salomón de la Sierra)

ACÍ a los resplandores del mediodía intenso,
se deslizó mi infancia en umbroso jardín,
mi juventud fué cómo la luna de mudable,
y el amor sembró rosas y jazmines en mí.

Después, en el silencio, me sedujo la pena;
el saber fué vislumbre que apenas conocí:
ahora ya comprendo que la vida es un sueño,
y estoy cansada y triste. y es hora de morir.

(*) HELEN HUNTINGTON.

(*) Poetisa norteamericana, esposa del multimillonario Mr. Archer M. Huntington. Gran dama de la sociedad new-yorkina.

La Honra

(Traducción de Blanes Belmonte)

IBAN el Agua y el Fuego
caminando por la tierra
y en su jornada, la Honra
fué su gentil compañera.
Al marchar, se preguntaron,
con previsora prudencia,
cómo encontrarse podrían
si por error o por fuerza
el Agua, el Fuego o la Honra
se apartaban de la senda

I el Fuego dijo al instante:
—Fronto daréis con mis huellas:
allí donde miréis humo
allí me tendréis en vela.

I habló el Agua: Si me pierdo,
buscadme por las riberas;
donde halléis aves que canten,
y flores y fronda espesa,
allí me tendréis copiando
soles, luceros y estrellas.

I la Honra exclamó pausada,
con infinita tristeza:
—Jamás corráis en mi busca,
pues por voluntad suprema,
aquel que una vez me pierde
nunca en la vida me encuentra.

FEDERICO SCHILLER.



El pito del dulcero

Flauta rústica, de agudo y triste sonido, con la que abunda en mercadería el vendedor de frutos y dulces, en las costas del sur de América.

EL pito del dulcero de melodías vanas
evoca en mí el recuerdo de las costas lejanas,
de los puertos ardientes del remoto Brasil.
Brillan en mi memoria las casas de azulejos,
los conventos de Olinda, tan musgosos y viejos,
las rocas de Recife, en verde mar febril.

De Bahía las torres elevadas al cielo,
su murallón de piedra y el monótono vuelo
de las blancas gaviotas sobre el líquido azur:
las tardes sonrosadas y las noches de Río,
los barcos en la bruma del piélago sombrío,
mejiéndose al embate de los vientos del sur.

Mil cosas singulares, mil extraños olores,
mil visiones complejas de forma y de colores,
el pito del dulcero en mi alma hace brillar:
reminiscencias confusas de los distantes cúmulos,
que han de fulgir un día en mis pálidas rimas,
entre la luz del cielo y el vasto azul del mar!

FROYLÁN TURCIOS.



El dolor moral

La causa de nuestro dolor, como de nuestra alegría, no tiene como origen único la realidad tangible, sino también el pensamiento; éste, a su vez, nos crea tormentos, al lado de los cuales todas las torturas del animal son nada.

Por eso a veces un sufrimiento físico, acompañado de un sentimiento moral, apenas si se siente, o no se siente en absoluto. Y a menudo, en un violento dolor moral, hacemos esfuerzos por atenuarlo con un sufrimiento físico. Nos arrancamos los cabellos, nos golpeamos el pecho, nos arañamos el rostro. Esto no son más que medios empleados para distraernos de un pensamiento insoportable; de ahí que el suicidio sea fácil al que está desesperado, al ser que experimenta un pesar profundo, mientras que en un estado dichoso, tal pensamiento lo hubiese desechado con horror.

ARTURO SCHOPENHAUER.

Fragmento

.....
No nos descubramos así, de cualquier modo. Descubrámonos ante quien no nos conozca con una hazaña.

¿Qué no hay ambiente? Pues aprendamos a velar nuestras armas en el patio de cualquier venta. Bástenos la ilusión de que es castillo. Y abrámosle en cuatro la cabeza a todo arricero que por darle de beber a sus maehos, atropella lo que más amamos y defendemos.

No sé quiénes nos perjudican más, si los que nos lapidan o los que de nosotros se burlan. Los jayanes, en el *Quijote*, poco hablan y tiran piedras. Los modernos hablan y escriben mucho; pero no apedrean; tal vez más les valiera lo primero.

Hagamos el beneficio. Es posible que no nos lo agradezcan, es posible que por enderezar unas cosas, echemos a perder otras (ya que *no todas las cosas suceden del mismo modo*); pero hagámoslo, aun a mercaderes.

Sintamos la nobleza del arte que cultivemos y cuidado con ceder al vulgo.

Hablemos como hablamos, sin importarnos si nos entienden o no. Así ha de ser, yo me entiendo y si los demás no me entienden, allá ellos.

Si un ideal tenemos, sin vacilar pongámoslo sobre todos los ajenos, y esta preeminencia ha de mantenerse a trueque de la vida si es necesario.

Afortunado aquel de quien se diga: *Si no acabó grandes cosas, murió por acometerlas*

J. GARCÍA MONGE.



La cifra

TENÍA una cifra
tu blanco pañuelo:
roja cifra de un nombre que no era
el tuyo, mi dueño.

La fina batista
crujía en tus dedos.
—¡Qué bien luce en la albura la sangre!
te dije riendo.

Te pusiste pálida,
me tuviste miedo.
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
la risa de Otelo?

RUBÉN DARÍO.



El poema de los caminos

Yo amo los caminos, los viejos caminos
que ha marcado el paso de los peregrinos....

Los viejos caminos curvados, torcidos,
que de la montaña se pierden en pos:
los viejos caminos temidos,
que son los caminos de Dios.

Los negros caminos
que, bajo el crepúsculo de rojizas luces,
los hierros diabólicos de los asesinos
sembraron de anónimas cruces;

los oscuros caminos tortuosos
que en las firmes rocas abrieran colosos;
por donde descenden de sus madrigueras
noctámbulas fieras
con pies cautelosos,
y en que anidan, en huecos medrosos,
emblemáticas aves guerreras;

los rudos caminos pendientes
que suben en curvas enérgicas, como,
con ímpetu elástico, arquean el lomo
vibrantes serpientes;

los anchos caminos por donde los toros
pasan, mancornados, con broncos mugidos;
los hondos caminos perdidos
entre raudales de gritos sonoros

Clásicos caminos con encrucijadas
y equívocas ventas de chatos postigos:
con aire de brujas, viejas encorvadas;
con barbas de santos, intonsos mendigos

Clásicos caminos de los dulces lares
que dicen las prosas del gran Valle-Inclán:
olor de resinas, rumor de pinares,
molinos de antaño, torres tutelares
y ermitaños viejos que por ellos van

Y los caminitos humildes, aldeanos,
con hierbas benignas de tallos menudos,
en donde saludanse todos: ¡hermanos!
tal como hechos para que pies franciscanos
por no mancillarlos andasen desnudos.

Bíblicos caminos que en las tardes quietas,
cuando a arder principian fogatas lejanas,
cruzan con sus sueños los graves profetas
al paso tardío de las caravanas;

caminos floridos desde que por ellos,
en el seguimiento de sus sueños vagos,
fué, sobre los lomos de los tres camellos,
el símbolo triple de los Reyes Magos;

y, desde que un día Jesús, entre el grupo
que va recorriendo las sórdidas ferias,
con sus labios castos y mártires, supo
del leproso amado besar las lacerias . . .

Oh, viejos caminos que ocultáis, piadosos,
el eterno enigma del punto final:
y si os preguntamos quedáis silenciosos
porque sois un todo circunferencial.

Me llenan de pena los mudos caminos,
me atraen e inquietan con honda ansiedad:
ellos desenvuelven todos los destinos
que por ellos siguen a la Eternidad

¡Oh, viejos caminos curvados, torcidos,
que de la montaña se pierden en pos;
oh, viejos caminos temidos,
que son los caminos de Dios!

CARLOS WYLD OSPINA.

Al caer la tarde

(Traducción de Silvio Lago)

Cuando el sol ya no sea tan ardiente iremos a jugar a la orilla del río y lucharemos por el frágil azafrán y los jacintos húmedos.

Jugaremos al corro y después lo romperemos en una guirnalda de manos, asiendo el borde de la túnica.

Dadros miel, Meliana; bañáos con nosotras, ná-yade. Que vuestra dulce sombra, Meliana, cubra el sudor de nuestros cuerpos.

Y entonces os ofreceremos, ninfas bienhechoras, no el vino vergonzoso que embriaga, sino el aceite y la leche de las cabras de cuernos curvados.

PIERRE LOUYS.



Elegía estival

©ARMEN. ¿ha sido dulce tu primer despertar del cementerio?

Toda la noche me he acordado de la luna opalina que daría a tu losa, la triste luz celeste de sus arañños plácidos.

¿Entraron hasta tí las acritudes húmedas que habrá arrancado el alba a los rojos geranios?
¿El canto limpio de los griños de las viñas arulló tus ensueños? ¿A tu oído ha llegado

la fresca algarabía que en los viejos cipreses, amándose, han reído, a la anhora, los pájaros?
¿El viento nuevo de la mar llevó a tu nicho la fragancia impetuosa de su cristal con barcos?

¿Dí, sentiste ablandarse tu corazón, a la presión sencilla y buena de mi corazón blando?
¿No has visto entre el temblor de la última estrella, el temblor sin consuelo de mis ojos mojados?

JUAN R. JIMÉNEZ.

Grave y suave

JORGE había asistido al más embriagador espectáculo que pueda soñar un hombre superior. Había visto a la mujer amada transformarse a imitación de él, tomar de él los pensamientos, los juicios, los gustos, los desprecios, las predilecciones, las melancolías, todo eso que dá a un espíritu un sello especial, un carácter. Hablando, Hipólita adoptaba los modales preferidos por él, pronunciaba ciertas palabras con las inflexiones que a él le eran peculiares. Hasta escribiendo imitaba su escritura. Jamás la influencia de un sér sobre otro había sido tan rápida y tan fuerte. Hipólita había merecido del amante la frase *gravis dum suavis*.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



Enigma pavoroso



¿EN qué fuente milagrosa podremos abreviar esta sed que nos devora? ¿Esta sed de conocerlo todo, de compenetrarnos con el vasto espíritu del Universo? Una curiosidad insaciable inquieta nuestra alma eternamente. Nuestro cerebro desea abarcar todas las imágenes, y las multiformes apariencias de la vida nos atraen hacia todos los rumbos. Y lo que es abstracto y misterioso ejerce en nosotros una presión singular, abismándonos en profundas meditaciones. El ansia de saber enciende ese intenso amor a la ciencia, en la que el verdadero poeta encuentra magníficos palacios que tienen la fastuosidad de las torres de ensueño y en los que la maravillosa Naturaleza despliega, ante los ojos deslumbrados, sus tesoros inauditos. ¡Qué de sorpresas recibe a cada instante el atrevido explorador de sus secretos! ¡Qué pasmosa variedad de matices, de expresiones y de sonidos! Todo lo que se mueve, todo lo que yace inmóvil—el hombre o el mineral—tiene un secreto destino. Todo surge necesaria y armónicamente. Toda génesis tiene un fin señala-

do por un Poder invisible. Pero dentro de las grandes formas naturales ¡cuántas formas extrañas e innumerables! Dentro del Universo ¡cuántos extraordinarios universos!

¿Cómo ordenar, cronológicamente, las múltiples sensaciones que turban nuestro ser en el transcurso de un día, si tratamos de darles forma perecedera en un trozo de papel? Anhelos imposibles que nos demuestran cuán estéril es nuestra lucha por encerrar en la palabra escrita nuestras complejas vibraciones interiores. ¡Y cuán vana nuestra pretensión de retener en las pupilas toda la visión de la Vida!

Descendemos a la tumba ignorándolo todo. Dejamos el problema del Infinito apenas si conocemos una cifra. Pasamos por el mundo como una hoja que el viento arrastra sin saber a dónde. Vemos las cosas trascendentales como frías esfinges en la noche siniestra de nuestras dudas; y tras la ruda labor de perseguir enigmas sólo llegamos a comprender nuestra miseria. Un árido círculo de bronce circunscribe el vigor de nuestro cerebro, en el que jamás un soplo de la Eterna Verdad ha podido penetrar. Las generaciones se suceden y el tremendo misterio queda en pie, inmutable y hermético. ¿Llegará un día en que se descifre el pavoroso enigma? ¿Sabrá el hombre del futuro el secreto de la Vida y de la Muerte? ¿O seguirá—como hasta hoy—inventando teorías, más o menos curiosas, para atenuar la sed ardiente de su espíritu?

FROYLÁN TURCIOS.



Salutación a Castilla

Sagrada tierra de Castilla, grave y solemne como el mar, austera como el desierto, adusta como el semblante de los antiguos héroes; madre y nodriza de pueblos, vivero de naciones, señora de ciudades, campo de cruzadas, teatro de epopeyas, coro de bizarrías; foro y aula, templo y castillo, cuna y sepultura, cofre y granero, mesa y altar, firme asiento de la cruz y del blasón, del yelmo y la corona; crisol de oro, yunque de hierro: ¡Salve!

RICARDO LEÓN.

Balada del país de los sueños

(Versión de Díaz Canejo)

Put my heart in a nest of roses . . .

En un nido de rosas escondí el corazón;
en un lecho mullido, del sol ardiente oculto,
blanco y suave como las nieves no lo son . . .
Entre rosas dejé mi corazón sepulto.

¿Por qué dormir no quiso? Si no agita
ni una hojuela el rosal, ¿por qué se ha conmovido?
¿Quién a mover las alas, quién a volar le incita?
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

Ten calma, dijo: pára su vuelo el aire inerme;
quiebra el follaje al sol, al aire violento.
Ten calma: sobre el mar, cálido el viento duerme;
más inquieto que tú, mucho más, es el viento.

¿Te escuece algún pesar como una espina?
¿Te hiere algún anhelo punzante y preterido?
¿Quién tus párpados, juntos en un sueño, ilumina?
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

El nombre del país que tal encanto encierra,
nunca escrito en sus cartas lo encontró el cami-
nante:
los dulcísimos frutos que produce su tierra,
tráfico no permiten jamás al mercadante.

Golondrinas de ensueño en él revuelan,
y es de ensueño en sus árboles cada nota o sonido;
latidos de lebreles al corzo no desvelan . . .
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

En un mundo de ensueños, en un mundo extra
humano
dormiré mi letargo; no vendrán a mi oído
verdades de amor fiel, ni artes de amor liviano . . .
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE.



À una campesina

DAME a beber de tu agua, campesina,
en tu cántaro tosco. Estoy cansado
de este vaou vivir civilizado
con sus trenes, su goce y su morfina.

Estoy enfermo de ciudad. Quería
desde hace tiempos uua vida pura
y sencilla, y siu literatura,
sin cafés, y sin filosofía.

Con tu fragancia de heno y mejorana
y leche matinal, sencilla aldeana,
y una dosis

de tu amor sin anemia ni artificio
olvidaré mi ciencia y mi neurosis,
y la ciudad con su mentíra y vicio.

CÉLEO DAVILA.



Como el agua...

COMO el agua, de limpio y cristalino,
como el agua, de claro y transparente,
como el agua que pasa en el camino
y aun siendo todo siempre es inocente;
como el agua que copia El astro de oro
en el blanco cristal de su corriente;
como hilo de agua, diáfano y sonoro
y parlero y sutil y refulgente:
así quisiera ser. ¡Qué ansias, Dios mío,
de ser un fresco y caudaloso río
en ignorada soledad florida;
o ser aire o ser piedra o no ser nada
y no carne maldita condenada
a las hambrientas garras de la Vidal

AUGUSTO C. COELLO.

La Esperanza, 1916.

Libros viejos

NO puedo tocar sin un movimiento piadoso uno de esos libros olientes a polilla y a humedad, `expuestos a la violenta luz de nuestro siglo. Bajo el brazo de los veedores ambulantes va, indolentemente llevado, un fragmento del alma de los antepasados, de esa alma que ha creado en nuestro cuerpo mil deseos y apetitos nuevos. Causa de mucho de lo que pensamos y sentimos hoy está difuso allí, en medio de estilos arcaicos y avejentados pensamientos. Una suave tranquilidad, hecha de resignación y filosofía, aquieta nuestras agitaciones del momento, meditando que no somos sino un instante de una raza, quien sabe a qué destino reservada

PEDRO EMILIO COLL.



Andante

AL diáfano candor de un cielo vago,
cobra el parque selvática espesura.
En el azul silencio de su hondura
límpidas teclas profundiza el lago.

Al implacable amor pone en su halago
una anticipación de noche oscura,
en la morada ojera prefigura
el lóbrego desmayo de su estrago.

Con un romanticismo de cautivas,
perfuman azucenas excesivas.
La senda de volver se borra incierta

Y entre los labios dulcemente presos,
se nos deshoja el corazón en besos
como una rosa demasiado abierta.

LEOPOLDO LUGONES.

El alma suprema



NADA existía entonces: nada visible; nada invisible. Ni aire, ni cielo. ¿Dónde estaba el mundo? ¿En qué depósito inmenso estaba contenida el agua? ¿Dónde estaban las altas bóvedas del firmamento?

No había absolutamente nada de muerte ni de vida. Nada anunciaba el día ni la noche. No existía la aurora coloreada de nácar ni el crepúsculo dorado.

Las tinieblas estaban envueltas en tinieblas. Todo estaba confundido. El Sér reposaba en el seno de ese caos y el gran Todo vacío por la fuerza de su piedad.

El amor estaba en él y de su esencia surgió el germen fecundo.

Los sabios de la creación llegaron a unir lo visible y lo invisible. Eran grandes, eran como un fuego ardiente, cuya llama se eleva hasta el cielo.

¿Quién conoce esas cosas? ¿Quién puede contarlas si no es Aquél que es el primer autor de la creación? ¿Qué otro, que no sea él, podría sostenerla? Solamente Aquél que desde lo alto del cielo tiene sus ojos puestos en el mundo lo conoce.

¿Qué otro sér tendría ese poder?

PARAMATMA.



Diadema

Un huracán descoloraba
su adolescencia de perfil:
amó a la luz porque ondulaba
y a la morfina por sutil,

Y siempre, cuando se enojaba,
se vió en su cándido perfil
una altivez de diosa brava
y un gesto de ángel infantil.

Como Cleopatra tuvo un tema:
que la trajeran su diadema
para tener muerte gentil;

e imaginar, siu duda alguna,
que entraba triunfalmente en una
barca de mirra y de marfil.

RAFAEL HELIODORO VALLE,

El fin de Manon



EL abate Prevost hace bien de enviar a Manon a que muera en el desierto. ¿Qué hubiera sido de ella en el París del vicio y del fango donde se extraviaba? Hubiera ido a parar a algún repugnante sitio, quizás cayera sobre la paja podrida de algún calabozo. Necesitaba la maceración del desierto esa María Egipcíaca de la Regencia. Un viajero refiere que los colonos que se casaban con las jóvenes deportadas decían que las había purificado el mar. ¿No tiene en efecto el océano virtud lustradora?... El europeo, transportado a un mundo exótico, en medio de plantas y animales desconocidos, no se despierta de su existencia anterior, como de un sueño...? Cree abordar a otro planeta; empieza para él nueva vida. Desde el seno de su refinada civilización, la Francia del siglo XVIII aspiraba vagamente a las frescuras de la soledad. Por complacerla, el abate Prevost enterró a Manon en una pradera de la Luisiana, y por la misma razón, más tarde, Bernardino de Saint-Pierre hará nacer a Virginia a la sombra del corotero, entre los antílopes y las aves del paraíso de una isla edénica. Desde las dos extremidades del mundo poético, Manon y Virginia, la pecadora y la virgen, se lanzan en una misma emigración, llevadas por los mismos vientos hacia riberas desconocidas. La vieja Europa ha marchitado a la una y no ha tenido tiempo más que para herir a la otra. Virginia se sumerge en el mar para morir de pudor en él; Manon entierra su cuerpo profanado en las arenas de los páramos.

PAUL DE SAINT-VÍCTOR.



Las buenas compañías

PASEÁNDOME un día, tomé una hoja medio seca que se encontraba a mis pies. Despedía un olor agradable que aspiré con delicia.
—Tú que exhalas perfume tan suave—le dije—¿eres rosa?
—No—me respondió—no soy rosa; pero he vivido algún tiempo con ellas y de ahí procede el perfume que ha llegado hasta ti.

SAADÍ.

El camino solitario

¿Dónde podría descubrir Beethoven esa raza de hombres, a los que hubiera deseado tender sus manos por cima de las movedizas olas de la música? ¿Dónde encontrar esos hermanos, cuyo corazón debía ser tan grande que pudiese verter en él el soberano torrente de su armonía? ¿Dónde hallar esas criaturas humanas cuyos cuerpos debían ser de unas proporciones tan bellas y estar nutridos de tan fuerte savia que pudiesen soportar sus ritmos melodiosos sin desfigurarlos ni menospreciarlos?

¡Ab! ¡En ninguna parte! ¡De ningún lado llegó en su ayuda el Prometeo fraternal que hubiera podido mostrarle aquellos hombres! El solo debía ponerse en camino para ser el primero en descubrir el país de los hombres del porvenir.

RICARDO WAGNER.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 22

Los cinco dedos de la mano, Aloysius Bertrand.—El Caballero de Esmaragd, Guillermo Valencia.—Desaliento, Fernand Gregh.—Tu dharma, Lucha Blonda, Guy Lavaud.—Fraternidad literaria, Paul de Saint-Victor.—Sonata, Emil Despax.—El señor de la Isla, Stefan George.—Meditación ante un retrato, Lucia Helarna-Mardens.—El ciego con, Abel Bonnard.—Yo trabajo, Francisco Gavidia.—Quant restera l'automne.—Hada una muchacha, Juan Mercés.—Alegoría, Paul Verlaine.—La habitación, Mauricio Rollinat.—Adaración, Pierre Louys.—El mundo negro, Gerardo de Nerual.—Ojarru azul, Emilia Bernal.—La música de las campanas.—Para un gran poeta.—Canto sagrado, Proclán Turcios.—Lied, Gustave Khan.—Balada de Mignon, John Wolfgang Goethe.—Al rey Indo, Pyramedha.—Xantus, Albert Samain.—Sagale la mano de nube, Ossian.—El sueño, Víctor Hugo.—A Mistral R. ibn Hariri.—La calca del bautismo, Gustavo Maubert.—La muerte de Angélica, Emilio Zola.—Ardina, Rafael Heliodoro Valle.—Sumarios de ESFINGE.

NUMERO 23

Los ojos de Ofelia.—A Esquilo.—Breviario antiguo, Proclán Turcios.—Las tres niñas, Ismael Enrique Azeiteagas.—El instante del ideal, Federico Amiel.—Dios praeceps ó Providencia!, Amado Nervo.—Canción de la Juventud, Emil o Carrere.—Los Kubanata, Omar Khaqaza de Naishapur.—Los arcaicos, J. Adolfo J. Reina.—El solista de Marabón, Armañó Renard.—Choucrout, Juan Zorrilla de San Martín.—Página de Arte, Francis Jammes.—Marin Rosario, José Martínez Ruiz.—El pan nuestro, Jacinto Benavente.—Autor, Rabindranath Tagore.—Los dos espíritus, Anatole France.—La primera Bogghe, Phodore de Banville.—La muerte de compasión, Henry Batulle.—Himno, Juan Ramón Molina.—Dante, Carlo. Wild Ospina.—Reverbera!, Tomás Moro.—Septiembre, José Rodríguez Cerna.—Arcielas, Francisco Gavidia.—Orestis, Leo Langwier.—Flor de sus alas, H. Heine.—Lanto fúnebre, Kostis Palamis.—La tóche d'Orville, Maurice de Guérin.—Valk spirituale, Ismael D'Annunzio.—Autor a libro, André Gide.—Las rosas de Santa, Marcelina Desbordes-Valmore.